



# Opinión

## Voz de Nuestro Pastor...

### Lázaro y sus llagas

«Ni aunque resucite un muerto, se convertirán», es la respuesta de Abraham a la súplica que el rico epulón le hace desde el fondo del infierno, preocupado de que sus hermanos no vayan a parar al mismo lugar de castigo. Difícilmente se puede hablar con más crudeza, no de la riqueza y de sus peligros (eso lo hace Jesús en otra parte), sino de la dureza de corazón del hombre rico, que abunda en toda clase de bienes, que banquetea a diario y viste a la última moda, sin echar una mirada siquiera al pobre que yace a su puerta. El pecado que le mereció la condenación eterna, al menos aquí en esta parábola, no fue la posesión de los bienes, sino su disfrute egoísta, la dureza de su corazón. Lo condenó no su riqueza sino su «insensibilidad social».



«Entre nosotros y ustedes», le explica Abraham al condenado suplicante, «ha quedado abierto un inmenso vacío», que nadie lo puede cruzar. Ya se agotó el tiempo de la comunión, del merecimiento, de la solidaridad. Este abismo intransitable comenzó a originarse entre el quicio de la entrada a la casa del rico y la sala de sus banquetes. Pocos metros en el piso, pero infinita la distancia en el corazón. Ni siquiera las migajas de su mesa le llegaban al mendigo para saciar su hambre. Sólo un perro callejero le lamía las llagas; éste es el único consuelo que recibía. La solidaridad instintiva del animal refleja, con violento contraste, lo irracional de la insensibilidad del rico. Si no lo dijera Jesús, sería difícil de creer; pero él conoce las profundidades del corazón y la oscuridad que lo envuelve.

El pobre de la parábola tiene nombre. Se llama Lázaro. Sí; el pobre tiene un nombre, un rostro, una identidad propia ante Dios. Cuenta como persona ante él. En otro lugar Jesús nos va a decir: «a mi me lo hicieron», ese soy yo. Además, Lázaro significa «Dios ayuda». Dios es quien cuida del pobre, su protector. El rico, en cambio, sólo se identifica por su adjetivo, «epulón», comilón, devorador. La parábola no nos da pie para señalar a uno en particular, sino para mirar nuestro propio corazón y la relación con los demás. Sobre todos pesa la advertencia de Jesús: «A quien más se le dio, más se le pedirá», una rendición de cuenta con justicia estrictamente proporcional.

El remedio (el único) que propone Jesús «para no ir a parar a ese lugar de tormento», es escuchar la Palabra de Dios: «Tienen las enseñanzas de Moisés y de los Profetas». Los milagros no bastan, si no abrimos el corazón a la escucha humilde de la Palabra de Dios. La fe que salva es la que se origina en el Evangelio de Jesucristo. «Ni aunque un muerto resucite, se convertirán», advierte Jesús. Todos buscan milagros; pero pocos aman la voluntad del Señor. Sin embargo, para nosotros, el milagro ya se dio: Jesús resucitó y está entre nosotros. Si tuviéramos fe en Él y en su palabra salvadora, ya hubiéramos curado las llagas de tantos hermanos nuestros que yacen a nuestra puerta esperando salvación.

† Mario De Gasperín Gasperín  
Obispo de Querétaro

## Suele suceder...

### Un reloj-alarma

¿Usan ustedes un reloj-alarma para despertarlos en la mañana? Cuando suena la alarma, puedes darle a ese botón y volver a dormir. Aunque sea agradable el tener esos minutitos adicionales para dormir hay dos problemas con esa alarma de dormir. La primera es que si le sigues dando al botón para dormir puedes llegar tarde o perderte completamente una actividad. El segundo problema es que si sigues dándole al botón, puedes acostumbrarte al sonido de la alarma y no darte cuenta cuando suena y de esa manera seguirás durmiendo aunque esté sonando. ¿Sabes que Dios a veces nos suena una «alarma para levantarnos» en nuestras vidas? Él habla a nuestro corazón y le dice: «Es hora de levantarse y seguirme.» Algunas personas tocan el botón para dormir y dicen: «Ahora no, Señor, despiértame más tarde.» Algunos le dan tanto al botón que llega el momento en que no oyen la voz de Dios. Cuando al fin se levantan encuentran que es muy tarde.



## Voz sacerdotal...

### La fraternidad, una conquista

Nuestra parte buena nos empuja a creer en la fraternidad universal. Todos los hombres pertenecemos a la raza humana. Éste es el fundamento de personas no creyentes para afirmar la fraternidad universal.

Pero la actuación de muchos humanos, ha llevado a otras personas a estar de acuerdo con algunos filósofos que afirman que, lejos de ser hermano, el hombre es un auténtico lobo para el otro hombre, y que las relaciones con nuestros semejantes, lejos de proporcionarnos alegría y paz, son un auténtico martirio: «El infierno son los otros». Hay hechos que avalan esta segunda opción. Las guerras, que siguen existiendo, declaran a los del otro bando como enemigos mortales. Los hinchas de un equipo deportivo consideran a los de los otros equipos como adversarios, a los que se llega incluso a matar. Los nacionalismos, de cualquier color, están siempre tentados a mirar por encima del hombro al que no pertenece a su pueblo y considerarle inferior.



Los cristianos, de la mano de Jesús de Nazaret, creemos en la fraternidad universal. Él nos asegura que Dios es el Padre de todos los hombres y, por lo tanto, todos somos hermanos. Pero bien sabe Jesús que este sentimiento fraterno choca con una parte de nuestro herido corazón. Por eso, llegar a considerar y tratar a cualquier ser humano como hermano, como un igual, como alguien que todo lo suyo me afecta como mío, como alguien no ajeno sino como «el que me pertenece y yo lo pertenezco» como el pie y la mano de un mismo cuerpo, como alguien digno de mi amor... es una conquista. Se llega después de cierto tiempo y cambio de corazón. Jesús, además de sus muchas palabras a favor de la fraternidad, nos dio la mejor medicina para conseguirlo. Siempre nos trató, y nos trata, como a sus hermanos.

Fray Timothy Radcliffe, anterior Maestro General de los dominicos, en su último libro «¿Qué sentido tiene ser cristiano?», nos indica la respuesta que un rabino dio a sus despistados alumnos a la pregunta de cuándo termina la noche y comienza el día, y que ellos no supieron responder. «Cuando miramos el rostro de otra persona y vemos que esa mujer o ese hombre es nuestra hermana o nuestro hermano. Porque hasta que no seamos capaces de hacer algo semejante, independientemente de cuál pueda ser el momento del día, todavía es de noche». Trabajemos para que siempre sea de día.

Manuel Santos, OP

## Comunión Querétaro

21 de octubre de 2007 Año 9 N°505  
29° Domingo del Tiempo Ordinario



OBISPO DIOCESANO: Mons. Mario De Gasperín Gasperín.  
DIRECTOR GENERAL: Pbro. Francisco F. Gavidia Arteaga.  
gavidiaarteag@yahoo.com.mx

JEFE DE INFORMACIÓN Y PUBLICIDAD: Sra. Leticia Hernández Rodríguez  
ASISTENTE DE DISEÑO: Blas Eduardo Martínez Flores  
PAGINA WEB DE LA DIOCESIS: Jorge Rangel y Auxiliadora García.  
VICARIO DE PASTORAL: Pbro. Fidencio López Plaza  
COMISION DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACION:  
Pbro. Lic. Saúl Ragoitia Vega. director@diocesisdequeretaro.org.mx

DOMICILIO: Reforma No. 48. Centro. C.P. 76000 Santiago de Querétaro Qro.  
TELÉFONOS: (442) 224-04-96. Fax. (442) 212-18-45.  
CORREO ELECTRÓNICO: comunionqro@terra.com.mx.  
comunionqro@hotmail.com

Comunion Online: [www.diocesisdequeretaro.org.mx](http://www.diocesisdequeretaro.org.mx)